



(Castillo de Mathe St. Heray en Francia.)

DON FRANCISCO SANCHEZ BARBERO,  
(FLORALBO CORINTIO).

ARTICULO II.

Rasgueados los tristes acontecimientos de la vida de Sanchez Barbero, nos parece oportuno decir algo acerca del mérito de sus obras, escogiendo entre los dos contrapuestos juicios que al empezar enunciamos, el que mas ajustado á la razón parezca. Si hubiésemos de considerar solamente las autoridades de que emanan, no vacilaríamos en decidirnos por la del autor del *Pelayo*, porque tratándose de apreciar versos, nos parece su voto de mas peso que el del Sr. Hermosilla. Inspira en verdad alguna desconfianza el crítico que por muestras de su talento versificador nos ha dejado la traducción de Homero, tan fiel y concienzuda como se quiera, pero no menos prosaica é insoportable, que con su exagerada teoría sobre los pensamientos verdaderos y falsos ha puesto el corazón inaccesible á ciertas bellezas,—que en el *Arte de hablar en prosa y verso* apenas se acuerda de nuestros grandes poetas mas que para censurarlos,—y á cuyo oído por fin los romances españoles suenan como las coplas del *Santo Cristo de la Luz* y de *Gaballo mio careto*.

La censura que al final del tomo segundo de su *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, hace de la oda en la muerte de la duquesa de Alba, *composicion (á su parecer) tan desparatada en su clase, y tan soberanamente ridícula*, que desafia á que se presente otra igual, justifica la rigidez de las anteriores frases. Lo que si es muy ridiculo, es la parodia que con insulas de chistoso hizo de aquella oda. Nada hay que no pueda disfrazarse burlescamente; parodiadas hemos visto las mejores escenas del *Otelo*, del *Cid*, y del libro de *Job*; pero no se critica así con lealtad. Si no temiéramos pasar

por maliciosos, habíamos de decir que en la animosidad con que trata á Sanchez y Cienfuegos, iba envuelta no leve dosis de odio á los principios que sustentaban: el *panfletismo* (como llamaba á las ideas liberales) era tal vez lo que le dolía bailar en aquellos versos. Lunares tienen los de la oda á que vamos haciendo referencia; pero son manchas pequeñas que no deslucen el conjunto. ¿Quién reconocerá la primera estrofa en la trasmutacion que hace el Sr. Hermosilla? «Murió la duquesa de Alba, y sus amigos la lloran.» Esto es prosa, y muy rastrera; pero como no es lo que escribió Sanchez Barbero, no quita que sus versos sean buenos y las imágenes bellas. Ahorrando inútiles digresiones, nos contentaremos con citar la manera que tiene de referir la conclusion de la oda. «El niño (dice) queda enterado (del sermón de la duquesa) y se retira; la tia le dice *adios*, calla, se vuelve á tender á la bartola, cae la losa del sepulcro, y dichas estas palabras, desaparecieron las visiones.» ¿Se parece esto á la siguiente estrofa?

El niño siente  
en la virtud su espíritu inflamarse,  
y Silvas y Toledos animarse  
todos en él. Con paso reverente  
sale; y entonces ella  
de su tan digno sucesor gozosa,  
diciéndole otro *adios*, eternamente  
enmudeció, se hundi6, cayó la losa.

Verdad es que tambien el crítico pierde la paciencia cuando el sucesor de la duquesa salta del lecho,

Toca ignorante  
unas bronceadas puertas,  
y al impulso menor hélas abiertas.

«¿Pues cómo (esclama) pudo á oscuras salir de su alcoba... bajar la escalera, y salir á la calle á la media noche, sin que ni el ayo ni los

23 DE MARZO DE 1851.



criados le sintiesen? ¿y quién le abrió la puerta de la calle? » ¡Desventurada poesía si hubieras tenido que seguirle alzando los picaportes, y pidiendo las llaves al portero!... Poco nos placen también las visiones, pero es cuando poetas de mal temple las emplean para embutir el vacío que deja su propia carencia de ideas y de sentimientos. El Sr. Hermosilla tiene un mérito innegable, y por eso es mas de lamentar que no haya sido justo en sus juicios: por eso, y porque su arte es uno de los escogidos para ilustrar la juventud, hemos querido vindicar á Sanchez Barbero de los durísimos golpes que le asesta.

En nuestra opinion, es el que sin quizá ha compuesto en España mejores versos latinos: pero no debe lamentar hasta cierto punto nuestra literatura esa misma afición que le arrastraba á casi preferir aquel idioma? Sin ella, las ciento sesenta composiciones latinas que escribió en el presidio serian otras tantas joyas de la musa castellana: agotó los asuntos mas dignos en que su námen hubiera campeado, y hasta sospechamos que á causa de semejante preferencia fué menos esmerado en la corrección de los versos españoles.

En cuanto á estos, no es arriesgado decir que si no son los mejores, son si de los buenos. Por desgracia carecemos de los primeros trabajos del poeta;—de sus tragedias, de su poema, de las piezas sueltas que escribió cuando su genio medraba vigorosamente, cuando su vida era sosegada, y su porvenir magnífico, cuando no le habia comprimido la mano de hierro de las persecuciones. El presidio es un mal Parnaso: el hambre y la desnudez son malas musas. Sin embargo, nos quedan para honrar su nombre las odas al combate de Trafalgar, la leida al abrirse la cátedra de Constitución, y la tan ágramente censurada por el traductor de la *Iliada*. El *Saul* hace sentir mas la pérdida de las tragedias: los versos son valientes, dulcísimas las árias, y los coros, especialmente el final del acto primero, llenos de animación. Las dos óperas que compuso en Melilla son inferiores á esta: los argumentos no tienen grande interés dramático, aunque no faltan situaciones y versos buenos. Su objeto fué desenvolver un pensamiento moral, ó mas bien político: así, en la titulada *Un casamiento* amplifica la sentencia de Juvenal *Nobilitas sola est, aique unica virtus*. Hay allí una duquesa bastante infatuada con su antigua alcurnia, y empeñada en preferir para esposo de su hija á cierto noble sin méritos personales, en competencia con un militar ennoblecido por sus hechos. En el siguiente diálogo se halla comprendido el argumento.

- A Trifon glorioso ampara el fulgor de sus blasones.
- A Guzman las sus acciones que brillando estan por si.
- Si no cedos, fiel compara con la mia tu nobleza.
- Esa tuya por tí empienza.
- Esa tuya acaba en tí.

El asunto no está fuera del campo de la poesía, porque deber de ella es abarcar y difundir las grandes cuestiones que agitan á los pueblos. Sin eso no seria la expresión de sus hábitos, aprensiones, ideas, y esperanzas: seria una poesía muerta, incapaz de interesar á los contemporáneos, porque al hombre solo le interesa lo que hace vibrar las fibras de su corazón, lo que armoniza con las ideas que hierven en su mente: Sanchez Barbero lo conoció así; y sus óperas no se resentían tanto de la naturaleza del argumento, como de la abstracción con que lo trató, y que produjo cierta especie de languidez que no agrada en la escena.

Los diálogos son, como ya hemos dicho, muy dignos de aprecio. Lo que se observa en cuanto compuso durante aquella temporada, es alguna falta de corrección, pues hay defectos que con la mayor facilidad hubiera hecho desaparecer.

Disculpa suficiente son las penas físicas y los quebrantos del alma. Dos son de todos modos las coronas que tiene derecho á reclamar Sanchez Barbero: una como poeta; como mártir otra.

A. GIL SANZ.

Por vía de apéndice á los anteriores artículos insertamos la siguiente oda escrita en 1816 con motivo de la muerte del duque de Fernandina, discípulo del autor. La escogemos por ser análoga en el asunto á la censurada por Hermosilla.

#### ODA.

Yaces ¡ay! ¡oh discípulo querido!  
En el sepulcro yaces ¡ay! postrado,  
así cual derribado  
por la saña del Bóreas inclemente  
árbol tierno de Palas,

cuando no bien sus galas,  
no bien ostenta su pomposa frente,  
y agradecido al bienhechor, empieza  
á premiar el solícito cuidado.....

¡Ingenio malogrado,  
que en la risueña aurora de tus dias  
de saber y virtud ópimo fruto  
en esperanza dieras:

y de tus padres el encanto fueras,  
y fueras parte de las glorias mías:  
encanto y glorias que por fiel tributo  
lágrimas piden, y dolor y luto.

¡Oh, cuántas veces, cuántas  
tu perspicaz razon desenvolviendo,  
vi que con tiernas plantas  
hollaste generoso  
el fausto y el estruendo  
y de prócer el título pomposo,  
que el ignorante con asombro admira,  
que á tus iguales seductor deslumbra,  
y de su vanidad en torno gira!

Y dije: «aquí se encumbra  
el ibérico honor: aquí se inflama  
la vivífica llama,  
que la patria en el pecho  
infundió de Guzman: aquí animado  
el venerable Palafox respira:  
respira satisfecho  
y en su mas alto punto  
el paternal candor jamás turbado:  
este, abuela, el traslado,  
este, madre, el trasunto  
fué de vuestra virtud, fué del talento  
que la fama llevando por el orbe  
sobre las alas vá del raudo viento.  
Ya ni le sobras tú, ni tu le alcanzas...»

¡Hermosas esperanzas  
que cual etérea exhalación lucieron,  
y muy mas que el relámpago veloces,  
para nunca tornar desaparecieron!  
¡Y vive larga edad el delincuente  
gozándose en sus crímenes atroces!  
¡Y en sublimado asiento  
vive para tormento  
del justo, para oprobio  
de la sagrada humanidad doliente  
¡Vive, y el cielo su vivir consiente!

¡Quién al ver los mortales  
esclavos, abatidos  
á la tirana voz de sus pasiones,  
no esquivo lo terreno,  
no eleva los sentidos,  
no gime por las célicas mansiones,  
mansiones eternas,  
donde, ahuyentada la ficción, de lleno  
esplende la verdad? Francisco, el mundo  
no fué digno de tí: su falso brillo  
tu corazón sencillo  
desdeñó, desdeñáronle tus ojos:  
y dejando alentado  
de la carne los miseros despojos,  
con vuelo arrebatado  
allá te alzaste, donde  
en estable bonanza  
quietud y bienandanza  
y santo gozo de consuno habitan:  
do las pasiones penetrar pudieron  
ni el mundano jamás; te alzaste donde  
sin fin las puras almas  
rebotan de placer, de amor palpitán,  
y la virtud á la virtud responde.

¡Mil veces bienhadado  
Francisco, tú, que en la estrellada altura,  
de tus progenitores rodeado,  
gozas de su presencia en paz segura!  
¡Y ellos también dichosos  
que con la amable tuya se recrean  
Solicitos y ansiosos,  
después que complacidos  
de su larga progenie se informaron,



del bajo mundo conocer desean  
los hechos por la fama ennoblecidos :  
los hechos que á sus inelitos autores  
del olvido y la muerte libertaron.

¡Ay cuánto desconcierto ! ¡qué de horrores  
les contarás ! ¡qué males !

Los miseros mortales  
por innúmeras vías agitados :  
de la prostitucion al carro atados  
unos ; otros hinchándose engreídos  
al soplo del favor. Allí pugnando  
por sostener la libertad amada,  
y á su opresor para oprimir vendidos :  
la horrible tiranía  
sobre Pirene alza  
la bélica bandera tremolando,  
y unas con otras en cruel porfía  
á las naciones todas concitando :  
en el augusto trono  
de la verdad y la virtud sentada  
con su hermano el error, la hipocresía :  
en implacable encono  
la envidia contra el mérito ensañada,  
do quiera amenazando,  
do quiera persiguiendo,  
en sangre tinta y en horror hirviendo.

¡Oh tú que coronado  
de estrellas refulgentes,  
con ánimo sereno  
bramar la tempestad, rodar el trueno  
bajo tus plantas sientes !  
A par de ti nuestra mansión prepara,  
que de esta sociedad tan corrompida  
de todo bien avara,  
bien pronto romperemos  
los vínculos y lazos  
y á tus amables brazos  
con alas agilizísimas iremos :  
adonde en compañía  
de tus progenitores  
lejos del mundo infiel y sus errores,  
eterna primavera, eterno día  
en paz inalterable gozaremos,  
nuestra ventura sin cesar cantando,  
y con sus ecos el celeste alcázar  
nuestra ventura sin cesar sonando. (1)

### RITA LUNA.

La historia del arte escénico español ofrece muy pocos ejemplares de una reputación tan unánime y colosal como la que mereció de sus contemporáneos (nuestros padres) la célebre actriz cuyo retrato va al frente de este artículo.

Apartados ya por medio siglo de la época de sus brillantes triunfos, y mas distantes aun del gusto peculiar y de las conveniencias artísticas de aquel periodo, no nos es posible calificar hasta qué punto fué justo ese entusiasmo, ni merecida aquella continua ovación de que al decir de la fama fué objeto constante la *Rita Luna*; pero creyendo, como creemos, que nunca un público entero se equivoca fácilmente en sus apreciaciones artísticas, y habiendo todavía alcanzado á oír la que hicieron de ésta críticos respetables, no podemos menos de convenir en que debió ser una grande actriz, y que las lágrimas y la simpatía que logró escitar con dramas tan medianos como *La Esclava del negro ponto*, *La Moscovita sensible*, *La Viuda del Malvar* y otros de la época, hubiera sabido alcanzarlos con mayor razón en la tragedia clásica, y en el romántico drama moderno. Por desgracia floreció en tiempos de grande decadencia literaria, y en que el teatro estaba avasallado por los Comellas y los Valladares, y hasta el grande actor *Isidoro Maiquez*, que pocos años después debía regenerar con sus esfuerzos la escena española, no llegó á compartir los laureles de la fi-

ta, ni á presentar juntos á la admiración del público las dos mas grandes figuras teatrales que jamás brillaron en el teatro español.

Duraba todavía en él la memoria de las célebres *Amarilis* (María de Córdoba), *Antandra* (Antonia Granados), *Maria Riquelme*, y la mas moderna *Maria Ladevenant*, y dominaba absolutamente el gusto del público María del Rosario Fernandez (*la Tirana*), cuando la jóven *Rita Luna* pisó la escena para borrar absolutamente aquella memoria, y eclipsar de una manera inaudita estos triunfos.

Nacida en la ciudad de Málaga el día 28 de abril de 1770, fué hija de Joaquín Alfonso de Luna, que aunque descendiente de una de las mas ilustres familias de Aragón, ejercía, así como su mujer Magdalena García, la profesion cómica. La educacion de *Rita*, así como la de sus hermanas Andrea y Josefa, si no artística, fué por lo menos bastante esmerada, y sobre todo religiosa, por ser su padre un nombre que profesaba principios muy severos de moralidad. Pero la falta de fortuna, y las buenas disposiciones de sus hijas, le hicieron dedicarse á la misma carrera escénica, en que él y su esposa habían hallado un medio honrado de subsistencia.

*Rita* pisó las tablas por primera vez en 1789, á los veinte años de su edad, y aun esto lo hizo en un teatro provisional establecido por un actor llamado Sebastian Briñoli, en el cuarto bajo de la casa número 20 calle del Barco (1), á causa de hallarse cerrados los teatros por la muerte de Carlos III. Allí empezó á dar á conocer sus buenas



(Rita Luna).

disposiciones para la escena, y tanto que poco tiempo después (en 1790) fué contratada para la compañía de los Reales sitios, donde tuvo ocasion de escucharla el conde de Floridablanca, y apreciando su mérito fué incorporada por orden suya de segunda dama de la compañía de Martinez, que ocupaba á la sazón el teatro del Príncipe. Hallábase en ésta de primera la famosa *Maria del Rosario Fernandez* (*la Tirana*), y de sobresaliente la *Antonia Prado*, y ambas, particularmente la primera, disfrutaban el favor público, en términos que era peligrosa en una jóven principiante la tentativa de venir á compartir con ellas sus laureles. Pero el instinto de sus medios, y la seguridad que infunde el verdadero génio, no arredraron á la *Rita* en esta decisiva ocasion. Al poco tiempo de su entrada en la compañía, representó por primera vez el papel de la sultana en *La Esclava del negro ponto*, y lo representó con tanto acierto, que produjo en el público un entusiasmo frenético, haciendo que las representaciones de aquella comedia durasen diez y nueve dias consecutivos. Tan lisonjero triunfo no podía menos de despertar los celos de *la Tirana*, y aun de hacerla poner en movimiento los resortes de la intriga para destruir una reputación naciente que amenazaba eclipsar la suya. A este fin se fingió enferma para precisar á la *Rita* á desempeñar sin previo estudio

(1) El original de esta oda está lleno de enmiendas y de testaduras que no llegaron á ser corregidas. Al fin del mismo hay la siguiente:

DESPEDIDA DE MI DISCÍPULO, Ó EPITAFIO.

Nobilitas, fratres, corique valete Parentes;  
Arcibus athenis nam an hi parca domus.

(1) Creemos sea la señalada hoy con el 36 de la nueva numeración, y que es propiedad del Excmo. Sr. general Mazorredo.



muchos papeles en que ella solía brillar; pero ésta, que ya preveía semejantes tretas de su altanera rival, había estudiado previamente algunas comedias, y entre otras la titulada *Celos no ofenden al sol*; de suerte que llegado el momento crítico de suplir á la primera dama, pudo poner en escena esta comedia con tan buen éxito, que el entusiasmo del público rayó en un delirio hasta entonces desconocido. Este nuevo triunfo hizo conocer á la *Tirana* que no era prudente ceder el campo á tan poderoso enemigo, y que era llegado el caso de desplegar todas sus fuerzas para combatir dignamente con él. Con este objeto salió de nuevo á las tablas con la comedia titulada *La mujer vengativa*, circunstancia muy digna de notarse; pero ya era tarde: el entusiasmo producido por la Rita había escitado de una manera nueva la fibra de los oyentes, y estos ballaron que su antiguo ídolo no podía de modo alguno sostener la comparación; así que desairó de un modo harto notable á la misma actriz que pocos meses antes aplaudía con frenesí.

Rita, segura ya de los triunfos en aquella escena, pasó al año siguiente al teatro de la Cruz, donde brillaba á la sazón *Juana García*; pero ésta, mas prudente que la Tirana, no quiso empeñar el combate, y solicitó desde luego su retiro. Entonces, ya de primera dama la Rita, dió principio con la representación de *El desden con el desden* á aquella serie no interrumpida de triunfos que ilustraron su carrera escénica durante mas de diez y seis años; hasta que en 1806, en lo mas vigoroso de su edad y de su talento, y sin causas notoriamente conocidas, puso fin á su gloriosa carrera retirándose de las tablas, á pesar de las observaciones de personas respetables, de los ruegos de sus amigos, de las amplias y generosas ofertas del Ayuntamiento, y del profundo sentimiento del público en general. Desde entonces se ha hablado mucho acerca de los motivos que tuvo esta célebre actriz para separarse tan bruscamente de la escena: hay quien lo atribuye á ciertas contestaciones que tuvo con el corregidor Marquina: otros, acaso con mas fundamento, buscan la causa en un fondo de profunda melancolía que la dominaba á causa de un malogrado amor; y esto es mas natural, atendida la exquisita sensibilidad y el fuego de aquella imaginación superior.

Obtenida que fué su jubilación, permaneció en Madrid como cosa de dos años. Entonces fué cuando instándole el actor *Manuel García-Parra* á presentarse de nuevo en la escena, le contestaba:—«Ya no de bemos, amigo mío, esponer nuestra reputación á la incertidumbre de una nueva tentativa. ¿Quién sabe cómo nos recibirá hoy el mismo público que antes nos aplaudía con tanto entusiasmo?»—Y no volvió, en efecto, á presentarse en la escena.

En el año de 808, á consecuencia de la entrada de los franceses, pasó á Málaga, y de allí á Carratraca, á Toledo y otros puntos, buscando en todas partes alivio á los males físicos que empezaba á sentir, hasta que hacia el año de 1821 fijó definitivamente su residencia en el Real sitio del Pardo, entregada á continuas prácticas religiosas, y condenada á un voluntario retiro y oscuridad. Así transcurrieron los diez últimos años de aquella brillante existencia, hasta que á principios de 1852 vino momentáneamente á Madrid á consultar á los médicos, y á visitar á su hermana Josefa; pero desgraciadamente fué atacada de una aguda pulmonía que dió fin á sus días á las cuatro de la tarde del 6 de marzo del mismo año, cuando contaba sesenta y dos de edad. Al siguiente día fué sepultada en el cementerio de la puerta de Toledo, ocupando el nicho número 576.

La vida de esta actriz singular podría dar margen á las mas profundas reflexiones; pero nuestros lectores podrán dispensárnoslas, deduciéndolas espontáneamente por sí mismos; para lo cual vamos á presentarles algunos rasgos característicos de aquella mujer célebre, que hemos escuchado de boca de sus parientes y amigos especiales. El trato de la Rita era sumamente fino y obsequioso con toda clase de personas: su alma generosa y compasiva no podía ver con indiferencia las desgracias ajenas, y luego que las conocía se apresuraba á aliviarlas en cuanto estaba en su mano, llegando hasta el extremo de despojarse alguna vez hasta de sus propias ropas para darlas por acto de caridad. Constantemente encerrada en su cuarto, y entregada al estudio, tan solo se presentaba á su familia á las horas de comer; y lo mas singular es que no permitía que durante ellas se hablase de cosa alguna relativa á su profesion, siendo un enigma indescifrable el que una mujer que parecia formada espresamente por la naturaleza para reinar en el templo de Talia hubiese cobrado una aversión tan estraña y sostenida hacia el teatro. Nunca quiso contraer matrimonio con ninguno de los varios actores que la solicitaron, y solía decir que en caso de realizarlo, solo seria con una persona que la pudiera mantener fuera de la escena. Pero sus deseos no llegaron á realizarse; y destinada á tener que ahogar sus nobles esperanzas y á dominar en silencio una pasión malograda, dió lugar á la melancolía invencible que la arrastró al retiro y al sepulcro.

Considerada Rita como actriz, no es menos sorprendente verla desollar en la escena por la sencillez y la naturalidad de la espresion, en

tiempos que dominaba el mal gusto y la exageracion estravagante. Para ello, no solo tuvo que cambiar absolutamente la inclinación del público, sino que tuvo que empezar por crearse á sí propia, apartándose de los modelos que delante tenia, y sin otros auxilios que una alma elevada, una imaginación volcánica y un corazón lleno de la mas exquisita sensibilidad. Con estas dotes naturales y con su constante estudio y observacion, pudo llegar á hacerse dueña del auditorio, en términos que si hemos de creer á sus contemporáneos aun existentes, jamás ninguna actriz ha podido igualar despues. Las lágrimas de Rita, al decir de aquellos, eran lágrimas de fuego que hacían saltar involuntariamente las de cuantos la escuchaban; el acento del dolor no era en su boca una ficción; era la espresion del alma agitada por el sentimiento: sus hermosos y negros ojos daban á su fisonomía una espresion irresistible: su aventajada estatura, su gracioso talle, sus finos modales, la nobleza de su persona, la hacían aparecer en la escena, según la espresion de un célebre literato, como una *princesa rodeada de comediantes*. Todos los géneros la eran fáciles; para todos habia recibido de la naturaleza dotes especiales; y aunque no se ensayó en la tragedia clásica, porque entonces era poco conocida, y todavia no la habia puesto en moda el genio inmortal de *Isidoro Mayquez*, es indudable que brillando tanto en los dramas de sentimiento que á ella se acercan mucho, hubiera compartido los laureles de Melpómene, si una prevención ó pique inexplicable no hubiera separado desde luego á ambos celebrísimos artistas. Tampoco corrió muy bien la Rita con el autor mas insigne de la época, el gran Moratin, tal vez porque este no halló á su gusto la representación del papel de Doña Isabel en *El Viejo y la Niña*. Pero estas pequeñas debilidades comunes á todos los seres humanos, no influyen para que deje de ser considerada Rita Luna como una de las mas grandes celebridades de la España moderna.

R. DE M. R.

## CON MAL Ó CON BIEN, Á LOS TUYOS TE TEN,

RELACION

por Fernan Caballero.

(Conclusion.)

Apenas cerró la puerta ese hombre infame, cuando las fuerzas que prestaba su indignación á Regla, le faltaron, y cayendo anonadada sobre su sillón, se echó hacia atrás, tapándose la cara con ambas manos. Su ánimo se sumergió en la consideración de su infortunio, como en un negro antro sin salida y sin vislumbre de luz.

Aunque Regla no tenía un amor de esos tercos que ningún mal comportamiento enfria, que ningún desvío aleja (amores que nos simpatizan poco, pues ni nos gusta el amor ciego, ni menos el que se obstina en imponerse á la indiferencia), y que si no amaba ya con ternura al hombre cruel, frío y vicioso que la habia abandonado, le conservaba apego, lo miraba como su marido, como padre de sus hijos, todo lo hubiera sacrificado por él, y tenía la hermosa esperanza de muchas mugeres virtuosas casadas con calaveras, de que la vejez y los padecimientos les traerán á sus maridos, recibidos entonces como hijos pródigos. ¡Cuántos de estos casos se hallan!—Pero el mundo ni los ensalza, ni los ve siquiera; porque el mundo, que tiene ojos de lince para descubrir todo lo malo, es un miope cuando halla lo bueno. Su honra, su porvenir, el de sus hijos..... el golpe era tal, que su ser moral yacia en la completa paralización del viagero á cuyos pies ha caído un rayo.

—Madre! madre! repetía la niña, que se habia reclinado sobre sus rodillas.

\* Regla no respondia.

—Madre, ¿estás dormida?—¿No me quereis ya? dijo la niña con angustiada voz; y viendo que su madre permanecía inerte, se puso á llorar con encogido corazón.

Al oír el llanto de su hija, Regla sacudió su postración, tomó á la niña en sus brazos con apasionado cariño, ahogada en sollozos.—Pobre mía! pobre mía! qué suerte te han hecho tus padres! esclamaba; tu madre te deshonra, tu padre te reniega!—Estraños pasareis en la sociedad, porque en ella no os proporcionaron lugar los que os dieron el ser!—Huérfanos morales, sin nombre, sin raíces, sin filiación ni consanguinidad, sin mas amparo que el de vuestra pobre madre que nada os puede dar, nada, sino la sangre de su corazón!

Regla se hizo desde luego cargo de su situación y de su completo desamparo. Sabia de atrás que Servando caminaba á su ruina, que despedido de ella y de sus hijos, enfermo, estragado, y embrutecido por los vicios, y por último, encarcelado, nada haría, ni nada podía hacer por ella.—En breve seria espulsada de la casa; en breve no tendria pan



para sus hijos: una sola persona conocía en aquella inmensa Babel, y esta persona se había acercado á ella con el solo fin de abusar de su desgracia. Regla tenía aquella energía innata en las almas honradas, que les da el noble valor de arrostrar la vergüenza para huir del oprobio.—Acudiré, pensó, á su familia para que amparen á estos inocentes agenos de la infamia de su padre, y si me rechazan, alargaré para mantenerlos la mano á la caridad pública, allá en España, donde no hay una inhumana ley que lo prohíba. Oh! España, mi madre, muera yo en tu suelo, y ampara mis hijos!—esclamó asiéndose su alma á su último refugio.—Cielo clemente de España, que cuando todo falta al desvalido que vistes nacer, le envías tu sonrisa como un consuelo que le dice: vive y espera!—España, país benéfico á los necesitados, en que la pobreza anda libre y honrada como la vejez!—en donde se halla el magnifico tipo del *pobre alto*, no porque conozca la modernamente vulgarizada palabra de *dignidad del hombre*, sino porque conoce las antiguas y rancias máximas y sentencias cristianas, tal cual estas:

«No hemos de socorrer á los pobres como á necesitados, sino rogarles como á patronos é intercesores.»

«Mas merced te hace el pobre en recibir tu limosna, que tú en dársela.» (Lo que quiere decir que el provecho espiritual es para el que da.) Cuando el pobre te pide limosna, considera á Jesus que te dice: dame de lo que te di.

España! conserva tu religiosidad como antorcha de Dios, mientras que todas las que encienden en otras partes los hombres son fuegos fútuos, mudables, inconsistentes y sin calor.—Y así, cuando los que las siguen conozcan su error y digan con golpes de pecho *erré*, di tú bendiciendo á Dios: me salvaste porque no abandoné tu luz.

Tres dias despues recibió Regla por un elegante *groom* (especie de page caballista) esta escuela:

«Servando ha sucumbido anoche de unas calenturas tifoideas. Estais pues libre, pero aun mas desamparada que antes.—¿Rehusareis todavía el amparo que os brinda un hombre que os ama?

*Napoleon le Noir.*»

Regla abrió la puerta, presentó la escuela al page, en seguida la lanzó sobre las brasas de la chimenea, y le hizo seña que llevase esa respuesta á su amo. Pagó un sincero tributo de dolor á aquel que tan injustamente la había engañado, pero que había sido su tierno amor y el padre de sus hijos, y pensó cuanto antes poner por obra la determinación que había tomado de volver á su patria. Vendió para el efecto cuanto tenía por medio de la criada, acudiendo en seguida al cónsul español, que compadecido de su desamparo, de su falta de saber y experiencia, corrió él mismo con proporcionarle su pasaje á bordo de un buque mercante inglés de los que hacen la travesía de Londres á Cádiz.

El capitán era una masa estúpida é inofensiva, que en toda la navegación no dió cuenta de su persona.—Tomó el meridiano, mandó la maniobra, comió carne salada y papas, durmió profundamente como angelito proporcionado á la cuna y mecidas que le artullaban el sueño, y no habló una palabra.

Quince dias duró su largo y penoso viage, quince dias en que las mas agudas penas y acerbos cuidados asaltaron sin cesar el corazón de aquella infeliz muger, con la misma constancia con la que las amargas olas del mar asaltaban al barco, á quien no dejaban un momento de sosiego. Al llegar á Cádiz, se destruyó aun mas dolorosamente su corazón, pues en Inglaterra solo debia recuerdos de sus desgracias, pero allí hallaba todos los de su corta felicidad.

Al saltar en tierra, trémula y avergonzada se cubrió la cabeza y parte del rostro con un gran pañolón, tomó su niño en brazos, la niña de la mano, y con el corazón palpitante se dirigió en casa de la madre de Servando; pero aquí le aguardaba una nueva decepcion; la madre de su marido había muerto!—Entonces Regla se presentó al marido de la hermana de Servando, hombre muy rico, pero tan *positivo*, que sin documentos ni papeles legalizados rehusó reconocer en ella la muger, y en los niños los hijos de su cuñado, que calificó de disipador, de mala cabeza, que había hecho muy mal en tener *mzas*, y mucho peor en quedarle á deber unos cuantos miles reales que salía alcanzando en la cuenta de la testamentaria; que así justicia distributiva era la que lo había arrestado en Londres por deudas.

Regla salió aterrada.—Era cierto que la infeliz ni un documento, ni siquiera una carta tenía que presentar en comprobación de lo que decía.

Estaba perdida! hundida en la mas espantosa miseria!

Si Servando hubiese muerto en su país, con un padre á la cabecera que le ayudase á *bien morir*, ciertamente que en el lecho de la muerte se hubiese casado legalmente y legitimado así á esas pobres criaturas. De esta suerte, aunque había disipado todo su caudal, les habria ademas del nombre y del nacimiento proporcionado el amparo de su pudiente familia, y reconocido el derecho á herencias que en lo sucesivo

podrían haberle tocado.—Mas nada de eso había sucedido, y Servando había muerto solo, sin consuelo, sin guia, sin solemnidad, cara á cara con el horrendo esqueleto que tan bien simboliza la muerte.

Nos hemos valido de la frase vulgar *bien morir*, porque cuando mas queremos elevarnos para pintar en su verdadera luz los mas altos puntos de la fé católica, tenemos que acudir con preferencia á las voces é imágenes de que se sirve la cultura europea, á las expresiones comunes y usuales del pueblo español, pues ningunas espresan la idea católica con mas concision, exactitud, profundidad, poesia y elevación.

El cuñado de Servando vivía frente de la muralla; al salir de allí Regla sin saber qué hacer, ni atinar dónde ir, huyendo de las gentes que se cruzaban en las calles con la febril agitacion comercial, se subió por la primera rampa ó escalera que se le presentó á la muralla. Era por la mañana, y estaba este paseo de la tarde casi desierto.—Regla andaba desatinada; su misma angustia le hacia no poder estar parada, y así seguia andando, llevando siempre en brazos á su hijo, débil y macilento, y teniendo de la mano á su niña, que no había probado aun bocado y le pedía pan: sus ojos ardian con el fuego de una calentura lenta que la minaba, y era hija de la tisis, mal que tan fácilmente se adquiere y desarrolla en la fria y variable atmósfera inglesa; su pecho se partía de dolor físico y moral á un tiempo.—Cuánto había decaído, cuánto envejecido aquella pobre jóven en pocos meses! Cómo había troncado el huracan aquella bella y lozana planta que se ajaba y secaba inclinada sobre sus tiernos retoños!

Llegado que hubo al parage de la muralla que cubre la bulliciosa puerta del mar, se paró exhausta; miró aquella plaza de San Juan de Dios, en que bulle con tan incesante actividad el hombre, y en la que se ostenta el gran acopio de comestibles, que sustentan á un tiempo al que los compra y al que los cria, al que los transporta y al que los vende.—Recapituló cuán magna y benéfica era la institución del dinero, cuán universal su poder y su acción, pues une el hombre al hombre, los países á los países, y hasta el hombre á su Dios, si de su dinero hace buen y benéfico uso, y cayendo en la contemplación de su desgracia, recordando el autor de todos sus males, que sin ser un hombre malo, ni un consumado perverso, había llegado á ser un criminal, un desnaturalizado monstruo, solo por esa indiferencia por el bien, esa falta de respeto á la religion y á las instituciones, esa carta blanca que se da á las pasiones llamándolas *instintos de la naturaleza*, que al dárlos el criador, no puede hacer una ley de virtud el contrarestarlos ó vencerlos, en fin, todas esas perversas máximas modernas que nos van asemejando á los salvajes, ¡ah! esclamó, qué de oro echastes á tu vanidad y á tus vicios, y tus hijos no tienen pan ni lo pueden ganar!

—Tengo hambre, madre, tengo hambre! repetía la niña llorando.

—Hija, si no tengo pan que darté! respondió la madre desesperada.

—Toma, pobrecita criatura de Dios, dijo alargándole un pedazo de pan un pordiosero, un pobre soldado, que privado de ambas piernas se rastreaba por el suelo.

La niña se abalanzó al pan, la madre volvió la cara para dar las gracias al compasivo mendigo, y ambos al verse quedaron cual dos estatuas blancos, frios é inmóviles.

—Regla! esclamó al fin el soldado con asombro.

—Sebastian! oh infeliz!—gimió la pobre prorumpiendo en un acerbó llanto.

—Menos de compadecer soy que tú, repuso el soldado con amargura; yo no tengo sobre mí desventuras ajenas!

Regla redobló sus sollozos.

—Y tu marido?—preguntó el mendigo.

—El padre de mis hijos murió.

—Y nada ha hecho por vosotros?

—Murió encarcelado por deudas.

—Y su gente?

—No nos quieren reconocer.

—Pues qué te queda, desdichada?

—Nada,—respondió la infeliz, dejándose caer anonadada sobre el pretel de la muralla.

—Te quedo yo, Regla,—dijo dolorosamente compadecido Sebastian. Soy un pobre lisiado, y poco puedo por ti; pero me queda voz para pedir limosna, y oídos cristianos para oírme.

—Pedir limosna! esclamó Regla sollozando.

—Y qué mal ni qué ignominia hay en eso para aquel á quien otro recurso no queda?—Alza tianquila la frente; que lo que Dios no prohíbe no es deshonra.

Seis años ha que soy un miserable lisiado, y un peso para mí mismo y para el munio, y seis años ha, Regla, que no me ha faltado un solo día un pedazo de pan, ni me he acostado una sola noche con hambre y sin rogar á Dios por las almas caritativas que no se desdennan de alargar una limosna al pobre.

Desde aquel dia prohibió el pobre lisiado á aquellas criaturas abandonadas: les dió pan y hogar, su cariño y amparo. Pero Regla cami-



naba con paso rápido al sepulcro, á pesar de los esmeros del pobre lisiado, que redoblaba con angustia sus apelaciones á la caridad pública. En uno de estos días de tribulación fue cuando acaeció la escena que hemos referido con la niña de la capota rosa, la que tuvo por resultado el conocimiento con su madre, la que tanto se interesó en la niña, que la puso á pupila en una amiga.—Entonces Sebastian con mas desahogo pudo del todo dedicarse al cuidado de Regla, que cayó postrada. Pero todos sus esmeros y cuidados fueron vanos; el mal de Regla era mortal, como era inconsolable su dolor.—La enferma se preparó á morir con la calma del que mira una buena muerte como un descanso, pero tambien con la angustia de la madre que al morir rompe el solo lazo que une sus hijos al género humano. Solos, desconocidos, rechazados, espulsados, ¿qué iba á ser de ellos?

—¡Oh mis pobres hijos! dijo la infeliz estrechando á ambos contra su pecho.

—Tus hijos son los míos, respondió Sebastian: descansa, que cuenta te daré de ellos ante el tribunal de Dios cuando á él comparezcamos todos.

—Sebastian, Sebastian! exclamó con débil voz la moribunda, ¿cómo pagarte cuanto por mí haces y has hecho?

—¿Y yo qué he hecho, pobrecita mía?

—Sellar cuanto puede hacer una criatura por otra con no ponerle precio. Dios te bendiga, como lo hago yo en la hora de mi muerte, para premiarte, porque las bendiciones de los moribundos llegan á Dios con sus almas. Sebastian, tú me hubieses hecho una mujer feliz y honrada, y has sido, cuando todos me faltaron, mi solo amparo: tarde conozco cuán cierto fué lo que me digistes en aquel entonces, á lo que por mi mal no atendí: *con mal ó con bien, á los tuyos te ten*.

A los pocos instantes aquella infeliz joven era cadáver. Cuando la señora que había amparado á la niña supo la muerte de su madre, la recogió y crió con mucho cariño en su casa, y despues de ser una linda y bien educada joven, la casó con un dependiente de su casa, sugeto hábil, modesto y honrado, que la hace feliz y lo es él.

Sebastian puso todo el cariño de su corazón en el niño, lo educó con esmero, dedicándolo á la carrera de marino, lo embarcó temprano, y es en el día un joven y entendido piloto en uno de los hermosos barcos de la carrera de Manila; el capitán de su barco, que lo quiere mucho, pronostica al escelente marino una lucida carrera y un rico porvenir.

Todo lo referido prueba que en esta alternativa de opuestos principios que se disputan el corazón del hombre y el predominio del mundo, si muchas veces triunfa el mal, otras tantas triunfa el bien, puesto que si el vicio abandona á sus hijos, la caridad recoge á los desamparados.

FIN.



Nos hemos apoderado, sin conocimiento de sus autores, de las dos cartas que insertamos á continuación, prescindiendo de su carácter puramente con dencial, porque estamos seguros de que ni el público ni los dos amigos que se preguntan y contestan, tienen motivo para quejarse de nuestra indiscrecion.

AL SR. D. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO,

CARTA FAMILIAR.

Quisisteis, primo, saber  
qué tales mis versos son :

pues bien, llegó la ocasion,  
mis versos vais á leer.

Pero antes, primo, os advierto  
que no os hagais ilusiones,  
en desiguales renglones  
hablo con muy poco acierto.

Y es que á las musas no trato,  
pues aunque amables y bellas,  
no tienen ( que al fin son ellas )  
aficion al celibato.

Y á mí, que célibe soy,  
sea por fuerza ó de grado,  
nunca favor han prestado  
por mas voces que las doy.

Apolo, corro tras él  
por las cuestas del Parnaso,  
y me dice á cada paso:  
«ya está duro el alcácel».

Amor con la boca abierta  
me esperó en mis verdes años;  
ahora con ojos hurafios  
dice: hermano, á la otra puerta.

De modo que desauiciado  
en este rudo desierto,  
medio ninguno no advierto  
para sentirme inspirado.

Mas del fecundo Quevedo  
llevo el ilustre apellido,  
y ningún Quevedo ha habido  
á quien faltase el dennedo.

¡Y á mí faltarme!... no á fe,  
que no es tan grande el apuro:  
no soy poeta, lo juro,  
pero versos, los haré.

Serán malos..... es probable,  
mas no temo presentarlos,  
pues el juez que ha de juzgarlos  
es Quevedo, y tan amable...

Asi aunque no estoy muy ducho,  
esa especie de charada  
envío; no dice nada,  
mas pudiera decir mucho.

Si casable mozalvete  
á una niña la enviara,  
tal vez que pensar hallara  
en el adjunto juguete.

Para vos, primo querido,  
esta es su interpretacion:  
las sílabas verdad son,  
lo demás todo fingido.

ACERTIJO.

Hace ya tiempo concebí una idea  
que aun antes de nacer era gigante,  
y aunque quise ahogarla en el instante  
porque de todos ignorada sea,  
se refugió en mi pecho;  
allí en círculo estrecho,  
aunque de mil maneras comprimida,  
sigue creciendo con lozana vida.

Mil veces asomó á mi labio ardiente  
porque emitirla aspira mi deseo;  
la contuvo el temor segun yo creo,  
y á su morada se volvió impaciente;  
allí en lucha afanosa  
día y noche me acosa  
ella ansiando llegar á vuestro oído,  
queriendo yo anularla en el olvido.

En vano fatigué mi fantasia  
escitando en mi pecho otras pasiones;  
pero eran pasajeras ilusiones,  
y mas vehemente siempre, renacia.  
No te pronunciaré (dije arrestado),  
sin mi palabra nunca tendrás vida,  
y en el fondo del alma sumergida  
nadie sabrá jamás que te he engendrado.  
—Te equivocas, me dijo,  
que otro camino elijo,



y á pesar de tu fiero y tus enojos,  
lo que no haga la voz lo harán los ojos.

No veo que difícil cosa sea  
adivinar tres sílabas, bastante  
para que en el mirar y en el semblante  
lo que quieres callar, cualquiera lea.  
Y será adivinado

por otro, y pronunciado  
contra tu voluntad y á tu despecho  
lo que ocultar pretendes en tu pecho.

—¡Ah cuánta verdad es! ¡y cuántas veces  
los ojos delatores me vendieron!

Mas si los vuestros penetrar pudieron  
hasta el fondo del alma, justos jueces  
se muestren é imparciales;  
vean, que en casos tales,  
cuando lo ha resistido el alvedrío,  
lo que dice el mirar, es desvarío.

Luché contra mi idea denodado,  
y aunque no logré nunca destruirla,  
en eterno callar logré sumirla.  
Las tres sílabas nunca he pronunciado.

¡Y cómo me atreviera,  
cuando seguro fuera  
que si las pronunciara en el momento  
fuera atroz, insufrible mi tormento!

Martirio horrible si eran bien oídas,  
pues no pudieran ser jamás logradas:  
tortura atroz si fueran desechadas,  
porque en el pecho abrieran mil heridas.

¡Y cuán duro me fuera  
si la amistad perdiera!.....

¡Ah nunca... nunca!... Tal probar no quiero;  
en silencio morir antes prefiero.

Y si leves los ojos me vendieran,  
del corazón el fondo descubriendo,  
la lucha y el dolor que está sufriendo,  
antes que á enojo á compasión movieran.

Es mi idea de fuego  
si se adivina, luego  
tendrá que optar el alma generosa  
entre la compasión..... ó entre otra cosa.

José DE QUEVEDO.

Tu epístola recibí,  
primo, con sumo placer,  
y á un tiempo dolor, por ver  
lo pronto que la lei.  
En el segundo periodo  
no tienes, á fé, razón,  
que versas como un Marón  
para ser igual en todo.  
¡Eres tú quien á las musas  
no tratas! no te huyen ellas;  
mientras injusto te querellas,  
culto y amor las rehusas.  
Hembras son, y es tal su trato,  
tal su tierno corazón,  
que no huyeran de un león  
cuanto mas del celibato.  
Que si por hembras y hermosas  
suelen ser un tanto esquivas,  
por hembras son compasivas  
y amantes y generosas.  
Que Apolo de tu deseo  
se burle, poco me admira:  
tendrá celos de tu lira,  
que al fin es del sexo feo:  
Y en este sexo maldito,  
ó estoy muy equivocado,  
ó crudo el cielo ha adunado  
las miserias del Cocito.  
Por la musa menos bella  
puedes dar, primo, el Pegaso  
á Apolo y todo el Parnaso,  
y ganas (que al fin es ella).

—Tienes del grande Quevedo  
mas que el ilustre apellido:  
tu ingenio es esclarecido,  
y hay en tu sangre denuedo.  
En tus versos he notado  
que hay algo de inesperienza;  
pero no hay arte ni ciencia  
que no tenga noviciado.  
Algun defecto noté  
en su contexto exterior;  
del fondo, hablo con candor,  
los conceptos admiré.  
En suma, y por conclusion,  
te aseguro que prefiero  
lo que escribiste primero,  
en cuanto á la ejecución.  
Y como ya es algo tarde  
y hay mucho que trabajar,  
voy tu enigma á descifrar;  
adiós, primo, y que él te guarde.

#### INTERPRETACION.

El acertijo acerté  
al punto que lo lei;  
mas acaso me engañé,  
que nunca acertado fui...  
—No, el engaño aquí no cabe:  
la llama que en él alienta  
no hay pecho que no la sienta  
ni lengua que no la alabe.  
Verdad las sílabas son,  
suma verdad su sentido,  
porque explica el escondido  
misterio de la creación.  
—Si mirando el alto cielo  
por el sol iluminado,  
ó el piélago ilimitado,  
ó la verdura del suelo,  
ó el correr del arroyuelo,  
ó oyendo del ruiseñor  
el cantar inspirador  
en santo fuego me inflamo,  
¿qué digo entonces?—¡Te amo!  
¡Oh soberano criador!  
—Si corro en pos de la gloria  
por senda desconocida,  
y, bravo, espongo la vida  
por dejar una memoria;  
si una página en la historia  
escribo con noble ardor;  
¿quién me inspira tal valor?  
¿quién hace fuerte al menguado  
y al tímido denodado?  
¡el sumo esfuerzo de amor!  
—Si sumido en la amargura,  
el alma de llanto henchida,  
anhelo el fin de una vida  
de dolor y desventura:  
¿quién trueca la noche oscura  
en súbito resplendor?  
¿qué balsamo tal dolor  
trocó tan breve en placer?  
¡el alma de una mujer!  
¡la suma voz del amor!

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

#### Antigüedades romanas.

##### Descripción de una lápida ó hito hallado en Leon.

Al celo y generoso desprendimiento de uno de los vocales de la  
junta ó comision de monumentos históricos y artísticos de esta pro-  
vincia se debe el que entre las preciosidades que encierra el Museo de  
esta ciudad se encuentre en la actualidad una lápida que por su cons-



truccion y antigüedad es digna de admirarse; esta lápida romana, que en otro tiempo perteneció al Illmo. Sr. D. Juan Ruiz de Cachapin, obispo que fué de Cuenca, y antes canónigo doctoral de la ciudad de Leon, es de un esquisito mármol, perfectamente construida, de una magnitud de 50 arrobas de peso, y muy bien conservada no obstante su antigüedad. El pararse á hacer una exacta relacion de la importancia de este monumento artistico sería nunca acabar: basta ver el informe de la comision central de monumentos históricos y artísticos, y él nos lo explica y pone de una manera que la hace sumamente recomendable y de mucho mérito: Ella, no cabe duda, debió ser un hito destinado á marcar la division de las provincias de España en tiempo de la dominacion de los romanos, y así se deduce no solo de la inscripcion que tiene en la letra y forma que se demuestra sino de la figura y calidad de la piedra: esta se reduce á una pirámide cortada por la mitad de su altura con un plinto ó bocel debajo, una moldura sencilla encima y en su centro se halla la siguiente y ya citada

*Inscripcion.*

JVNONS. REGINÆ. PRO. SALVTE. AC. DIVTIVNITATE. M. AVRE-  
LIH. ANTONINH. PH. FEL. AVG. ET. JVLIE. PLE. FEL. AVG.  
MATRIS. ANTONINI. AVG. CASTRORVM. S. AC. PATRIÆ. C. JVL.  
CERIALIS. COS. LEG. AVG. PR. PH. HN. C. ANTONIANÆ. POST.  
DIVISION. PROVINC. PRINCVS. AB. EO. M.

Fué descubierta en la ciudad de Leon hace ya bastantes años, y habiendo tenido diferentes dueños, el infatigable celo del dicho vocal de la comision, consiguió que se la cediera el último que la poseía, y trasladándola á este museo, la cedió á él gratuitamente sin permitir que se abonara ni aun los gastos de conduccion.

UN EPITAFIO.

Léase en el cementerio de Bristol un epitafio que puede ser citado como un modelo de sensibilidad noble y poética; es del poeta Guillermo Mason.

Mason, que nació en 1723 en el Yorkshire, se ha hecho célebre por sus poemas, dramas, elegias, y un gran número de sátiras políticas. Una de sus composiciones dramáticas, compuesta sobre el plan de las tragedias antiguas, ha tenido la rara fortuna de ser traducida al griego clásico por el reverendo Glaso, excelente helenista; pero ninguna de las poesias de Mason ha adquirido tanta popularidad como la composicion que hizo sobre la muerte de su esposa, á quien perdió en 1767 despues de dos años de matrimonio.

Hé aqui el epitafio que hizo grabar sobre su sepulcro: prescinde de las vulgaridades del estilo funerario, y tiene el mérito de transformar el elogio de la difunta en una enseñanza útil para los vivos.

«Guarda, ¡oh tierra sagrada! lo que mi corazon preferia; ¡guarda el mas precioso de los dones que me concediera el cielo y que tan corto tiempo he poseido!»

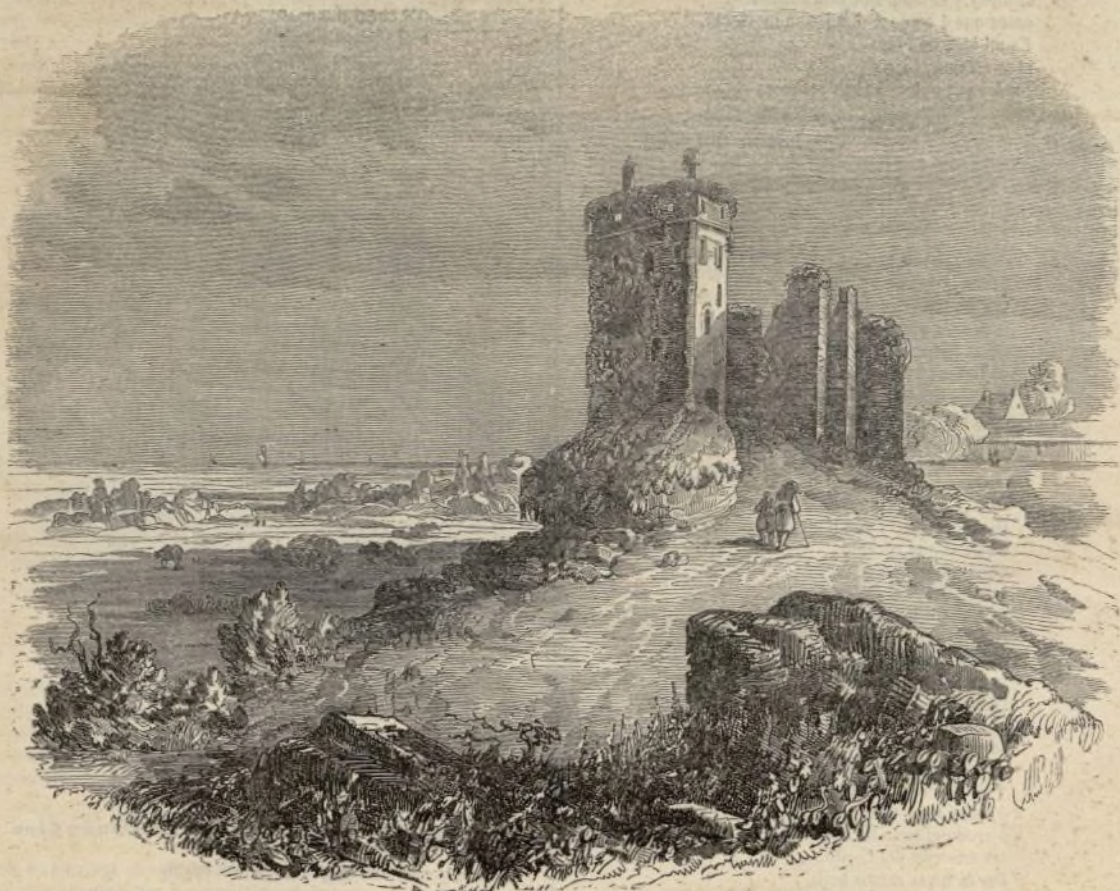
«Yo habia conducido con un cuidado curioso este cuerpo destrozado hasta las aguas de Bristol: ella se inclinó para gustar la onda, y murió»

«La belleza y la riqueza, ¿leerán alguna vez estas líneas? ¡Sentirán henchirse alguna vez su corazon por una emocion simpática? ¡Oh! háblales, difunta amada; has oír un acento divino»

«Aun desde el fondo de la tumba, sabrás cautivar los ánimos. De las que sean castas é inocentes como tú; dílas que marchen tan dulcemente en el círculo del deber; y, si son tan bellas, dílas que estén tan exentas de orgullo, que sean tan firmes en la amistad, tan fieles en el amor. Dílas que aunque es terrible cosa el morir (lo fué hasta para ti), una vez atravesado ese paso peligroso, el cielo nos abre sus grandes y eternos puertas, y permite á las almas puras que contemplen á su Dios.»

Filipo, rey de Macedonia, cayó un día del caballo cuando se estaba ejercitando en la lucha, y mirando muy pensativo la forma de un cuerpo impreso en el polvo.

—¡Oh, Hércules, dijo á su escudero, cuán poca tierra basta para un hombre y en qué poco pende su existencia; y sin embargo somos naturalmente tan codiciosos que deseamos ser dueños del mundo!»



(Las ruinas de la Atalaya.)